

La muerte del capitán Carlos García del Postigo

HERNÁN LAVÍN CERDA

Algunos dicen que el capitán Carlos García del Postigo murió a causa de un ataque de alergias múltiples, además de aquella lipomatosis obstinada e incurable: un mal casi del espíritu y de diagnóstico reservado, sobre todo en aquello que tiene que ver con su etiología. Otros creen que su fallecimiento fue más bien un asunto de política de ultramar. Yo pienso en algo muy distinto: en su muerte hubo enredo de calzones y de faldas. Por datos que uno siempre sabe y que los trae el viento, entre aquellos que Saturnino llama los conjurados aparece un tal Domínguez, viejo amigo de un amigo mío. Aseguran que Domínguez estudió optometría pero al final terminó de hojalatero. Un día de abril conoció a Venancia de Pichot en la subida de un cerro: a ella le decían la Ninfálida, aunque revoloteaba solamente de noche y cuando el mar está en calma. Algunos testigos juran que ella le dio a tomar ese jugo que deja como resaca el fútor uterino mezclado con unas gotitas de vinagre blanco y un poco de pisco, y santo el remedio pero cabezón y con vicio del bueno, porque desde el amanecer el Domínguez se pegó como un molusco a las piernas de la Venancia y ninguno pudo sacarlo nunca de ahí. Llegó a tanto que se convirtió en el cabrón de ella, pero un cabrón cariñoso y comprensivo. Lo poco que le dio la hojalatería lo invirtió en la ninfa de ojos verdes, un verde líquido y lejano, hasta que al fin abandonó su oficio y se fue a vivir en el mismo catre con la Venancia. Durante el día lo ocupaban los dos y por la noche dejaba libre el lugar para otro; así se estableció en un pacto escrito que llevaba la firma de ambos. Venancia puso toda su vocación y su genio, y también se vistió con delicadeza y coquetería. Domínguez le enseñó cómo se debe tratar a los clientes:

—Debes usar el seso unido a las caderas: uno lleva el compás y las otras el ritmo. Nunca olvides que el amor con refinamiento vale por dos. Jamás conserves instrumentos de hierro cerca de la cama porque el hierro se puede convertir en imán en pocos minutos, y el imán hace que dos polos de carne copulando pasen a ser un solo polo, y si así ocurre no hay quien despegue a quien, ni la fuerza del átomo. Otro consejo: cuando beses, besa de frente y no beses torcido, la lengua muerta, los ojos en reposo, y respira, respira muy suave para que sea un beso con inteligencia porque sólo la inteligencia podrá mantenerte invicta. Yo te amo, Venancia, y te doy estos consejos por el amor y el respeto que te debo. Y aunque seas de otros, yo voy en la sangre de ellos, y durante la mayor parte del día tú sigues siendo para mí.

La Ninfálida se olvidó de sus vestidos de mezclilla y empezó a vestirse con sedas italianas, y sobre la piel que cubre sus pómulos puso las cremas y los afeites que consiguió Domínguez entre sus amigos aficionados al matute de ultramar. Ella se hizo adicta a la cosmética moderna y aprendió a sacar el Rey de Bastos desde el fondo de su liga azul, esa liga que contiene casi toda la lujuria, una lujuria de audacia artificial, además del cuchillito de hoja doble para la defensa propia.

—Y aunque tu lindo cuerpo esté como un horno —le advirtió nuevamente Domínguez—, no olvides que tu cabeza debe ser siempre un témpano. Nunca te enternescas demasiado, no te entregues mucho, contrólate, afirmate, no te abandones al peligro del amor, no caigas en la trampa, que el deseo no desequilibre tus neuronas, y no se derrita al fin tu témpano. Ten cuidado con la erótica y con la romancia. No bailes con románticos porque te morderían y

torturarían como las pirañas. Ellos terminan por imponer su juego que va del amor a la crueldad. Protégete, Venancia, de todos los que escriben versos y haz que tu carácter sea cada día menos versátil.

Venancia de Pichot, a quien dejaron de llamar la Ninfálida para decirle la Domínguez, siguió al pie de la letra las recomendaciones de su amado y se transformó en la ninfa más apetecida del puerto. Dicen que a falta de Narciso Negro, ella esparció esencia de mirra por el cuarto, y aquello que antes fue ambiente de muladar pasó a convertirse en alcoba digna del más recóndito fornicio donde todo se hacía furtiva y relajadamente, aun los requiebros más inocuos y primerizos. De descoyuntada y grosera y casi sin querer, Venancia subió de categoría y fue una musa muy delicada, cariñosa, y con su carne ya nunca más de patíbulo sino de todo varón que se desvive por su orgullo y ama profundamente el desliz de la poesía.

Ella fue purificando sus impurezas, y así la descubrió el capitán Carlos García del Postigo y la invitó a subir a su barco para enseñarle la carta de navegación o, si usted lo prefiere, ver cómo funciona el astrolabio. El recorrido se hizo de babor a estribor y, luego de un mínimo descanso, de proa a popa.

—Éste es el puente de mando y desde aquí puede verse el momento en que desaparece la línea del horizonte. Más allá aparece el ancla principal, un ancla de pronto hechiza, porque en tiempos de marea muy baja la guardamos en el interior de la bodega que es como el hocico de un gran lobo estepario, aunque usted no lo crea, y por debajo de sus pies tan finos se estremecen los motores y las máquinas, además del vaivén del petróleo ardiendo. Nuestra vida es el mar, aquel mar que sube al cielo y descende, poco a poco, hacia el fondo inagotable de sí mismo, y como el mar habrá de ser el mundo que viene. ¿Has observado, Guacolda, que el mar nunca envejece?

—Mi nombre es Venancia de Pichot— dijo ella con timidez, y jamás supo explicarse qué fuerza la arrastró hacia el muelle. Ahora estaba encaramada en la popa del San Patricio.

—Está bien, de acuerdo, pero permíteme que te llame por tu verdadero nombre, Guacolda, porque así se llama la hija que no alcanzó a vivir, y a veces la vislumbró sobre las olas cuando el océano Pacífico se vuelve un poco bravo.

Guacolda sintió una atracción de sangre, tal vez atávica, por el capitán García del Postigo, y permaneció a su lado en la cubierta del San Patricio, con algo de pudor, hasta que

al fin supo que existía el ideal de la justicia y descubrió por qué la vida hizo de ella una Ninfálida.

—Las vueltas de la vida también son del tiempo que de pronto aparece más allá de lo real—dijo el capitán en voz baja, encucillándose—. Casi todo es ilusorio en este mundo. Busca la certeza de las cosas y, cuando la encuentres, sin duda que te morderás los labios. Ahora dame tu mano izquierda, la mano del corazón, y escúchame: detrás de tu mano están las manos de todos los hombres, y son todavía muchos los que sufren por dinero, y aquellos que más tienen quieren tener mucho más. Sospecho que tú eres una víctima de estos últimos años, y algún día lo vas a ver todo tan claro como el agua. Busquemos la certeza de las cosas, aunque todo es ilusorio en este mundo. Atrapar vientos, como dice el Eclesiastés, y nada más: atrapar vientos.

Guacolda retuvo en su mente la sentencia y los cuatro sonetos que el capitán le enseñó de memoria, y que ella fue recitando en las noches junto a la bahía. Así pasaron los meses y Guacolda adoptó la belleza de las vírgenes deslavadas: dispuso su cabello en una trenza interminable y conoció el embrujo del beso en la mejilla y en la frente. Poco a poco fue perdiendo su facilidad de palabra y al fin se atrevió a contemplar los ojos de Carlos García del Postigo, y entonces dijo con algo de inquietud:

—No sé qué me sucede, capitán Carlos, pero siento que ya no podría vivir lejos de ti.

Luego de sentir la dulzura de aquella voz de mujer casi adolescente, el capitán le entregó un libro donde se recopilan noventa y siete recetas de comidas que aún se preparan en el sur de Chile, y le dijo después de una sonrisa de galán con incertidumbre y entusiasmo:

—Quisiera pedirte un gran favor. ¿Por qué no estudias las lecciones preliminares del arte culinario? Primero la cccina vernácula y después la cocinería universal. Abre la página 84 y lee sin premura, fijándote en lo que dice don José Manuel Carmona, pescador y carpintero, sobre la preparación de la maravillosa corvina rellena.

Guacolda abrió el libro ilustrado y fue leyendo de un modo muy distinto a como lo hacía antes, cuando aún era la mujer más o menos feliz que se lamentaba junto a Domínguez:

—Se elabora una pasta de mariscos frescos. Se agarra la corvina por la cabeza y se abre con un cuchillo de hoja semicurva, paso a paso, con el cuidado que requiere. Luego usted busca toda clase de mariscos: la almeja, el erizo, el chape, la cholga, el loco. Eso lo cuece aparte, a fuego lento,

y al fin lo muele con paciencia, sin perder el ritmo, hasta hacer una pasta, y con esa pasta se va rellenando la corvina. Acto seguido, se coloca este pescado al horno, pero envuelto en papel mantequilla para que no se pegue. La corvina debe ir amarrada igual que una malaya de cerdo, sí, un arrollado como para los ángeles, aunque no sé si a los ángeles les gusta la carne de cerdo. Después se retira el animal del horno y se sirve en tajadas. Sin duda que los comensales se vuelven locos de felicidad, y casi no pueden creer en esa maravilla que están comiendo.

—¡Exquisito! —exclamó el capitán y dibujó en el aire un signo enigmático—. ¡Es como para chuparse los dedos! ¿Te atreverías a ensayar con esa receta?

Y Guacolda, que como una huérfana observaba la profundidad en los ojos de García del Postigo, sólo pudo decir:

—Por usted, ahora y siempre, yo daría la vuelta al mundo.

—Mañana será el día, entonces, ¿de acuerdo? Pero antes quiero pedirte otro favor —y el capitán saca desde el fondo del baúl que aparece en una de las esquinas de su camarote, un descomunal volumen con pastas de color rojo italiano, y al fin lo deja en manos de Guacolda—: deseo que te prepares muy bien y estudies durante la noche esta enciclopedia que fue escrita por los gastrónomos más famosos del mundo.

Guacolda recibió la obra de 380 láminas, perfectamente encuadrada y con planchas alegóricas en negro y rótulo de oro. Abrió la tapa y se encontró con la primera página donde viene el título y la siguiente leyenda:

EL COCINERO PRÁCTICO

Nuevo Tratado

de Cocina, Repostería y Pastelería

Describe minuciosamente el servicio de la mesa, el arte de trinchar, y todo lo referente a la cocina económica de los pueblos civilizados. Contiene gran número de interesantes fórmulas de fácil ejecución, recomendadas por los más afamados cocineros; el arte completo del pastelero y repostero, un manual de economía doméstica en que se expone la manera de conservar las sustancias animales y vegetales, dirigir la matanza y salazón del cerdo. Reconocimiento de las carnes triquinadas, elaboración del pan, práctica del lavado y planchado, y por último un completo tratado de floricultura.

—¿Dónde consiguió este libro maravilloso? —preguntó ella con una voz melancólica.

—Ya ni me acuerdo. Fue en uno de mis viajes, muy lejos de aquí, en una caleta, al frente del Mar de los Sargazos. Allí me hice amigo de un ladrón con muchos años de oficio, y el terminó por venderme la enciclopedia.

—¿Un ladrón?

—Sí, un comerciante, una especie de financista apresurado. Además era víctima de un mal tan grave que no se cura con nada.

—¿Insomnio?

—Nada de eso, querida. Elías Pimentel era impotente: sufría de impotencia, sí, esa impotencia nocturna que es propia del omnipotente.

—Ahhhhhhh.

Guacolda fue descubriendo la daga oriental sobre el minúsculo velador de madera quemada, el mazo de naipes vírgenes, la peineta de hueso pálido, la más antigua navaja, el hisopo con un dibujo abstracto en su base de marfil, la lupa china de mango azul marino, y muchas hojas de color celeste y tamaño carta. Un poco más abajo, en uno de los compartimientos, los ojos de Guacolda alcanzan a divisar otros tres libros; dos de la Biblioteca Perla con cromos alegóricos en las tapas: *Virginia o la doncella cristiana* y *Fabiola o la iglesia de las catacumbas*, y uno muy extraño que apenas puede deletrear, *Homo homini lupus*.

Guacolda pasó esa noche devorándose *El cocinero práctico*, y de tanto repetir en voz alta la receta de la corvina rellena se la aprendió de memoria, y al día siguiente, desde muy temprano, provista de un delantal oscuro, se volcó en cuerpo y espíritu a preparar el cocimiento que no puso en el horno porque el San Patricio no disponía de horno. Guacolda depositó la enmantequillada corvina en el interior de la caldera y fue muy fiel al resto de las instrucciones. Cuando todo estuvo en su punto, abrió la puerta con angustia y dio un suspiro de alivio al ver que la crema de mariscos y el ají macedado seguían en su lugar, y el caldo hervía y la corvina palpitaba como si aún tuviera el corazón adentro. Este pescado está vivo y salta y da coletazos como caído del cielo. Si el capitán Carlos lo prueba ahora mismo, en la boca del horno, seguro que se muere de gusto y la potencia lo hace resucitar. Guacolda fue sacando la cabeza, el cuerpo y la cola de la corvina desde el fondo de la caldera, con sumo cuidado para evitar cualquier desgracia.

—Pobre niña, calladita y tostada, más parece un lechón que una corvina.

Guacolda trozó la presa y corrió hacia el camarote del capitán que estaba manipulando el astrolabio y la brújula de bolsillo.

—Ven, querido Carlos. Vamos, pues la corvina ya está lista. Todo en su punto más alto, de acuerdo con la mágica receta.

El capitán García del Postigo anotó una clave en su libreta de apuntes: S.O.S. Luego se levantó de la silla forrada en cuero y gamuza, y junto a Guacolda se fue deslizándose por la cubierta hacia el subterráneo. El capitán pudo ver que la base de la caldera aún estaba ardiendo y hervían los residuos del caldo. Entonces, dijo:

—Pero aquí no se puede respirar. Este calor es insopportable. Mejor subamos al camarote con los platos, los tenedores y los cuchillos.

—Mira, Carlos, fíjate en su esplendor, mira qué linda está ella —sonríe Guacolda y apoya su índice sobre un costado de la corvina.

—Está radiante como el ojo de Dios —suspira él—. Y no podría ser de otro modo porque ella es el espíritu del mar, y aquel mar que nos abraza y nos observa de día y de noche, nunca envejece.

Guacolda lo mira en éxtasis y lo invita:

—Pruébala, pruébala —y el capitán va comiendo pausadamente la primera tajada y la delicia lo perturba.

—Qué delicioso, vida mía. Qué suavidad, qué poder, y qué aroma tan justiciero.

De pronto, Carlos García del Postigo dio la contraorden y propuso que mejor nos quedáramos aquí: se quitó la guerrera, abrió el cuello de su camisa y ofreció a Guacolda la segunda tajada de la corvina, pero ella dijo no, por favor, todavía no, déjame jugar primero al infnáculo, aunque sea durante los tres últimos minutos.

—Pero Guacolda, ¿qué te propones, te has vuelto loca, en qué piensas? Ven y cómete un pedazo de esta corvina rellena con el espíritu de la justicia.

Ella puso fin a su juego en soledad y mordió el trozo en el momento preciso en que el capitán se iba transfigurando en una criatura de color escarlata, debido al vigor de la pasta picante. Así llegó a tostarse de orejas, cayó fuego de sus labios, y por primera vez descubrió en Guacolda a Venancia de Pichot, y en la sentimental y sutil Venancia a la misteriosa Ninfálida, y al fin le dejó caer los brazos encima:

—Te veo juguetona y pelirroja y ya siento en mi lengua tu lengua exquisita, tu mantequilla purísima, y esos pelos chiquitos que sobre el labio superior aún te quedan.

El capitán cae en la tempestad y la corvina con hechizo va violentándole los preceptos de la moral y los instintos. Se siente Júpiter, modula como Vulcano, y ella, que rubicunda y gloriosa sigue jugando al infnáculo, al principio

no se da cuenta de nada pero al fin lo entiende todo, descubre su final, deja de jugar a la pata coja, se derrumba sobre el filete de corvina y lo devora hasta la última gota del bálsamo picante. Ella dice para sí qué sucede, lo entiendo casi todo, pero no sé qué me pasa: desde el fondo me sube un picor terrible y un desasosiego muy difícil de explicar. La picardía del jugo con la pasta y la carne caliente del pescado asándose en la caldera, hacen que Guacolda pierda una parte de su juicio y se vuelva como en el comienzo, sí, como Venancia de Pichot o la Ninfálida. Muy suelta de ojos, movediza, y así también sus labios de tono carmín y su cintura con absoluto despliegue. Ahora siente palpitos subiendo hacia sus pechos, y por su espalda un poder irresistible que la obliga a llevar la iniciativa. Ya no soporto más, esto es como caer en la boca del tigre, el volcán revienta, cómo te quiero, Carlos, te deseo y te adoro. ¿Permitirías que me quite la blusa? Yo no quiero sólo tus besos en las mejillas, qué manos tan suaves, qué velos tú me recorres, y el capitán García del Postigo se hinca y va abrazándola y la muerde en el cuello y le besa los senos cuando se detiene bruscamente, y al fin le dice al oído, abriendo y cerrando los ojos: No te apresures porque toda la vida es nuestra, y lo que venga, cuchillo o lecho de rosas, debemos recibirlo sin ánimo de venganza. Y ahora escúchame estos versos que de súbito se me vienen a la punta de la lengua:

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición.

Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
partiome a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue su camino,
feliz, risueña, impávida, ¿y por qué?

Porque no brota sangre de la herida...
¡Porque el muerto está en pie!

—Maravillosos, no me cabe la menor duda, sublimes y maravillosos —suspiró ella—: aunque un poco sádicos y masoquistas. ¿En verdad son tuyos, tú escribiste esos versos?

—Probablemente —dijo el capitán con asombro—. De lejos siento venir lejanas voces, casi herméticas, como es obvio. Ellas me los dictan, de espíritu en espíritu, y entonces tiemblo como un toro bajo los ojos del matarife. Aquí sobrevivo temblando, y estos recuerdos que me dictan yo los repito en un lenguaje que quisiera el más ecuánime y desapasionado entre todos. Me siento muy feliz, sólo que el aullido de los lobos que nunca vemos, aún me ensegue-

ce. Salgo al jardín y no hay nadie: el brillo de la luna está demasiado lejos.

Y Venancia, que devoraba los restos de la pasta picante, y cuyos labios se hincharon como los de una caranta-maula, no pudo contener su emoción y su alegría.

—Ayyy, capitán mío, eres un notable poeta lírico. Te había escuchado hablar bajo y fino, aunque jamás pensé oír de tu boca estos arranques profundos, melancólicos y apasionados.

—Es que me siento carbonario y libérrimo, y creo que mucho se debe al elixir de la corvina rellena, a esa especie de ungüento que tú creaste y a la temperatura de la caldera. Ay, Guacolda mía, Lacinia mía, eres más pura y más fresca que Artemisa, y eso es como decirlo todo. Vamos, ven, vamos rápido al camarote, vamos corriendo pues la caldera puede estallar de un momento a otro, y así se fueron y dejaron arrumbados los platos de hierro y las copas de cristal rojo. Ella dándole carantoñas y él retribuyendo con arrumacos y besos muy profundos en el cuello, hasta darle al fin tres palmadas cuando abrían la portezuela del camarote.

—No resisto más —dijo ella—: la boca se me incendia —y cayó como un moribundo encima de la alfombra y se lavó la cara y las manos—. Ahora me siento mejor, más fresca, más decidida, a pesar de que en mis ojos todavía llevo el fuego.

El capitán Carlos García del Postigo se quitó velozmente las botas y dijo:

—Tengo miedo de perder el tacto, Guacolda. Ven, no te demores.

—Espérame —dijo ella—. Eres como un niño. Recuerda lo que dice la voz popular: *Quien más aguanta, más disfruta* —y fue descorriendo el cierre de su falda.

El capitán se sintió morir de soroche cuando vio los muslos de Venancia.

—Ohhh, Guacolda mía —hizo el saludo marinero y exclamó—: *Morituri te salutant*.

Ella es una Venus de piel brillante, maciza y frágil, y sus tobillos algo tensos y casi morados como los calafateadores que viven a la entrada del Golfo de Penas y bajo la Cruz del Sur. Le dije acuéstate junto a mí con dulzura, y ella desató su trenza del color de las arenas de Antofagasta, y agitando la cabeza echó su cabellera por encima del pecho desnudo, y vino y se acostó junto a mí. El capitán siente cómo se paraliza su corazón y se ha puesto pálido, muy lento y después vertiginoso, y ella le dice pobre pájaro mío, Carlos, mi capitán de los mares del sur, no sé cómo abrazarte, qué difícil, ¿qué haremos, sí, qué haremos?, y él con

toda la blancura del mundo en los ojos. Venancia de Pichot volvía a ser la antigua, y así nos fuimos con besos y arrumacos y requiebros, y la Ninfálida incendiando los cueros sobre la litera y exhibiendo todas las variantes de la ninfomanía, el amor casi infinito, la guerra a muerte.

—Pero qué haces, Guacolda, ¿no merezco ni un poco de lástima? Vas a terminar haciendo de mí lo que hizo Sancho IV el Bravo con su sobrino Nabor de la Cerda, a quien desheredó e hizo abandonar en un campo lejano, desnudo, miserable y en los huesos.

Ella no escuchaba y siguió con su estrategia, siempre en lo mismo.

—Me vuelves loco, no sigas, un poco de piedad, te lo suplico.

Venancia estiró el brazo y sacó de su bolso una botella con extracto de castor en época de celo, y dejó caer algunas gotas a lo largo de su piel y sobre la alfombra india que tapizaba el camarote. Como por obra del encanto, el capitán Carlos García del Postigo recobró su vigor y se puso de rodillas al estilo de un lobo cariñoso, tierno, cuando de improviso se oyó un golpe en la puerta que se desploma como alcanzada por una bala de cañón, y aparece Domínguez con su largo cuchillo y los ojos de bucanero.

—¡Ahhh, perros del principio y del fin, los agarré muy mansos y ahora van a pagármelas todas juntas! Los vengo buscando desde hace varias noches. ¡Vístete, perra cochina, porque prefiero matarte vestida y no desnuda como una zorra enferma! Me prometiste ser para mí como un amor exclusivo, y que aunque el culo te ardiera una vez más, yo no me ofendo por eso, tu cabeza seguiría como un témpano de hielo. ¡Pero mira en lo que has venido a parar, putilla de bergantín de mala muerte, enredándote ahora con este güevón que de marino no tiene ni la más remota pinta!

Domínguez todavía no termina de hablar cuando el capitán del San Patricio se suelta de los brazos de la Ninfálida y grita ¡cuidado, Guacolda!, y Domínguez se embarrulla y no ve a nadie dentro del camarote que no se llame Venancia de Pichot y no puede moverse, está como un amortajado, y Carlos García del Postigo lo ve tan mal que da un salto de conejo hacia el revólver oculto en el cofre, a los pies del lavabo. El capitán vuela y su viaje es un suicidio porque la fuerza mágica del grito ¡cuidado, Guacolda!, se rompe con el salto, y el cuchillo de Domínguez vuelve a la batalla y su mano la hunde en el corazón del capitán que llega tarde.

—Perro maldito— grita la Ninfálida, aunque su voz ya no se escucha. ♦